

de la gracia que le falta, y de la esperanza que le abandona. El justo, al contrario, que ha velado constantemente, en la hora de la muerte, sin remordimiento de lo pasado, sin afán por lo presente, sin temor de lo futuro, firme é inmóvil en su esperanza, empieza á descansar y á dormir en el seno de Dios.

Así, lo que Jesucristo dice de la jóven difunta: «No está muerta, sino que duerme;» debe entenderse como una exhortacion dirigida al cristiano fiel para que no tema la muerte, no solo porque el Salvador la ha santificado y la ha dulcificado, sujetándose á ella, sino tambien, porque la muerte, en la cual nos asiste con la gracia de los sacramentos, con el don de la perseverancia, con el libro de la predestinación y con el beso de su amor, se trueca en un apacible sueño. Y ¿cómo es posible, en verdad, leer estas dulces palabras de Jesucristo: «No está muerta la jóven, sino que duerme;» sin acordarse de las consoladoras palabras de la Escritura sobre la muerte del justo? Los justos, dice el Sábio, en concepto de los nécios del siglo, parece que mueren tambien como los demás; pero no mueren, sino que pasan á descansar en un sueño tranquilo: *Visi sunt oculis insipientium mori; illi autem sunt in pace.* Ved como el niño, sin temor alguno, se duerme en los brazos de su madre; así los justos descansan en los brazos de Dios cuando mueren, y no experimentan las angustias de la muerte. El niño, que se duerme en el regazo de su madre, conserva y manifiesta con la sonrisa de sus lábios la tranquilidad de su corazón; así tambien el justo, que descansa en el seno de Dios, se sonríe en sus últimos momentos. Por esto, aunque nada hay más horrible y funesto que la muerte del pecador, así tampoco hay nada más precioso, más suave ni alegre delante de Dios, que la muerte de los santos. ¡Calculad cuál sería el gozo de la jóven difunta, cuando, al llamarla Jesucristo á la vida, al abrir los ojos, se vió rodeada de los apóstoles, en brazos de Jesucristo, que la tenia todavía de la mano, y vuelta á la vida y al amor de sus padres! Y con todo, esta alegría no es sino una imágen imperfecta de la admiracion y del gozo inmenso, que experimentará el alma del justo, cuando, elevada por Jesucristo, después del sueño de la muerte, á la vida inmortal, se encuentre en la celestial Jerusalem entre los coros de los ángeles, en compañía de los santos y de los apóstoles, en brazos de Jesucristo, y será presentada á su eterno Padre y á su amorosa madre María. ¡Oh, la alegría de una muerte como ésta basta para recompensar al cristiano humilde, mortificado, caritativo y piadoso, de todas las privaciones y de todos sacrificios aceptados para conservarse fiel á Dios, para observar sus leyes y para practicar la virtud! ¡Oh, cuánto bendecirá entónces

una vida, que le ha proporcionado tan dichosa muerte! Con mucha razon la Escritura califica á los pecadores de nécios é insensatos, supuesto que tan mal comprenden sus intereses eternos. Los justos, los sencillos, los hombres recogidos, que se dedican al retiro, á la oracion, al celo y á la caridad: ved aquí los verdaderos sábios, los verdaderos filósofos, que conocen su bien y aciertan en sus cálculos. Pasan tranquilos y contentos su vida, y lo están tambien á la hora de la muerte.

¡Dios bondadoso y clemente! concedednos la gracia de acabar nuestra vida con la muerte santa, apacible y preciosa de los justos. Haced que nuestra muerte sea un sueño en la tierra, para que despertemos en el cielo; un tránsito de vuestra gracia, para descansar luego en vuestra gloria. Así sea.

---

## HIJO PRÓDIGO.

(EL)

*Homo quidam habuit duos filios.*  
Un hombre tenia dos hijos.

(LUCAS, XV, 11.)

Hace mucho tiempo, hermanos míos, que sale de mis lábios un lenguaje triste y severo; paréceme que os veo inclinados á quejarnos y á decirme: «ministro del Señor, nos estais haciendo beber el amargo vino del temor y de la amenaza: *Potasti nos vino compunctionis* (PSALM. LIX, 5). Solo nos hablais del pecado y de los castigos que merece; solo desplegais á nuestra vista las terroríficas imágenes del juicio final y del infierno. En tanto que la tempestad de la justicia divina retumba sin cesar á nuestros oídos, nuestros temblorosos y consternados corazones se parecen á un terreno, que, herido por el rayo, se conmueve hasta sus entrañas y se abre por todas partes: *Conmovisti terram, et conturbasti eam* (PSALM. LIX, 4). ¿Para cuándo dejais el consolarnos y cicatrizar las profundas heridas que nos habeis inferido? *Sana contritiones ejus, quia commota est* (PSALM. LIX, 4). Pues bien, hermanos míos; ya que nos hemos ocupado de la justicia infinita, hablémos hoy de la infinita misericordia. No nos toca á nosotros describirla; y ¿pudiéramos, acaso, dar de ella una

idea exacta? Mas ella ha tenido á bien describirse por sí misma, y vosotros vais á reconocerla en los rasgos que la caracterizan. Ora se nos presenta como un pastor que posee cien ovejas, que le son queridas: habiéndose extraviado una de ellas, abandona las noventa y nueve restantes, para correr tras la que se ha perdido; persíguela á través de espinas y abrojos; de torrentes y precipicios; y cuando, al fin, la alcanza, se la pone sobre los hombros, la vuelve al redil, é invita á todos sus amigos á regocijarse con él, diciéndoles: «Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mia que se habia perdido.» Ora, como ya sabeis, es una viuda, que ha perdido una perla preciosa, y que se vuelve loca buscándola, y que se regocija igualmente con sus amigas de que su diligencia no haya sido inútil. Pero, entre las tiernas parábolas del Evangelio, ninguna hay que esté tan profundamente grabada en la memoria y en el corazón de los hombres como la del Hijo pródigo. Al oír esta expresion, no hay entrañas que no se conmuevan, no hay pecador que no conciba esperanzas, sean cuales fueren los desórdenes y extravíos de su vida. Así, pues, invito hoy á los pecadores á escucharme con toda atencion, los exhorto á que no se entreguen á un temor y abatimiento, que tambien puede ser peligroso; á levantar al cielo sus almas confiados, y á esperarlos todo, no solo de la clemencia, sino de un amor y de una ternura, que no tienen límites. El objeto especial del amor de Dios son los pecadores, y vá á probarlo por sí mismo, descubriéndose en los rasgos del incomparable Padre del Hijo pródigo. Voy, pues, oh pecadores, á demostraros: primero, que vuestros extravíos, por grandes que hayan sido, no han sobrepujado á los del Hijo pródigo; segundo, que estos extravíos, por excesivos que hayan sido, se os perdonarán como los del Pródigo, si le imitais en su arrepentimiento.

En una palabra: el primer punto abraza los extravíos del Hijo pródigo, que es la historia de los vuestros; y el segundo, la vuelta del Hijo pródigo á la casa paterna, modelo de vuestra reconciliacion con Dios.

¡ Señor! ya sabeis que la mayor parte de los pecadores perecen, ménos por el apego á sus pasiones, y por su endurecimiento, que por la desconfianza en vuestra misericordia y el temor de la enormidad de sus pecados, creyendo no poder encontrar perdon ante vos. Dignaos, pues, hablar hoy por mi boca, y hacerles comprender, que no hay castigo irremisible aquí bajo; y que, por grandes que sean los crímenes que hayan cometido los que se llaman vuestros hijos, estais siempre dispuesto á devolverles la gracia, con solo que renuncien completamente á su iniquidad, y vengan de todo corazón á deponeer su ingratitud á vuestros piés.

¡ Oh Virgen santísima, Madre de misericordia! Ayudadme para que pueda dar una idea justa de ella á cuantos me escuchan en este momento; que el Espíritu santo, con la unción de su gracia, les haga sentir vivamente, oh Dios mio, hasta donde llega la extension, la inmensidad de vuestra clemencia y de vuestra misericordia, para que aquellos, á quienes el temor impide tomar el buen camino, se vuelvan hácia el más tierno de los padres, conducidos por el amor y el arrepentimiento. A. M.

1. *Un hombre tenia dos hijos.* Admirémos aquí, en primer lugar, hermanos míos, la condescendencia é infinita caridad de nuestro Dios, porque, hablando, como habla, de sí mismo, tenia derecho á denominarse Sér soberano Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, Rey de reyes, pues todos esos títulos y otros muchos le convienen; pero, sabe que la grandeza y la elevacion asustan, que ántes imprimen temor que confianza, y quiere atraernos por el amor; y por eso, se presenta á nosotros en figura de hombre, para que sepamos, que son nuestros su corazón y sus entrañas: *homo*.

Tambien quiere confundirse entre la multitud de los hombres, y dice: *Un hombre*, cierto hombre; *homo quidam*. ¡ Oh! cuán propio de Dios es ese lenguaje, ya que para acercarse á nosotros, para sacarnos del abismo, se revistió de nuestra naturaleza, haciéndose verdaderamente hombre; y no queriendo distinguirse de los demás hombres, sino por una bondad y un amor de los que no hay ejemplo en la tierra: *homo quidam!* Todo cuanto aquí distingue á este hombre, que es vuestro Dios, consiste en ser padre: *Un hombre tenia dos hijos*. Y ¿ por qué solo tenia dos, hermanos míos? porque los hijos de Dios, los verdaderos herederos de su reino, se dividen en dos clases; compuestas, una, de los justos, que han perseverado en la inocencia bautismal; y otra, de los pecadores, que la recobraron por la penitencia. Todos los demás serán excluidos de la herencia de Dios, y no deben contarse entre sus hijos: *homo quidam habuit duos filios*. El más mozo de éstos, *adolescentior ex illis*, es el que se extravía, porque la juventud es la edad de las pasiones ardientes y de los grandes descarrios. ¿ Qué hace ese jóven? se presenta á su padre, y le dice: *Padre, dame la parte de la hacienda que me toca: Da mihi portionem substantiæ quæ me contingit* (Luc. xv, 12). No perdais de vista ni un instante, que ese jóven, hijo del padre de familia, es el pecador; y notad cuán indecorosas é injustas son, á la vez, las pocas palabras que pronuncia. Desde luego, indecorosas, porque, en lugar de hablar á su padre con respeto, lo hace con altanería;

no le dirige una súplica, ántes bien le manda: *Da mihi*: Despues, injustas: pretende heredar á su padre en vida, considera ya abierta la sucesion, y le dice: *Dame la parte que me toca. Da mihi portionem substantiæ quæ me contingit*. Entiendo, hermanos míos, que esta irreverencia y esta injusticia son rasgos, en los cuales todo pecador debe reconocerse á sí mismo. En efecto, ¿conocéis alguno de esos pecadores, que ruegue al Señor, que le pida con sumision, lo que conviene á sus necesidades, ó lo que sea capaz de contener el exceso de sus deseos? No; nunca: el pecador pretende arrebatar por fuerza y contra la voluntad de Dios, cuanto pueda satisfacer sus caprichos; desea llegar á igual altura que éste, gozar de las mismas riquezas que aquél; y si Dios no le proporciona los medios, estalla en murmuraciones contra él: ¿Por qué no me ha tratado Dios tan favorablemente como á los demás? ¿por qué no poseo un talento igual al de otros muchos? ¿por qué me niega, iguales recursos, iguales resultados? ¿por qué no me dá mi parte de bienes? *Da mihi portionem*. Ni aun siquiera dice: Padre mio; sino: Dame: *Da mihi*.

No es ménos notable la injusticia en las disposiciones de su alma, que en el lenguaje de su boca. Olvida que el Padre celestial está siempre vivo; que sus derechos subsisten eternamente; que á él mismo le es imposible desposeerse de ellos; que todo lo que dá, continúa perteneciéndole; que él solo es el verdadero propietario, y no concede á las criaturas más que el goce de las cosas, con las condiciones que son de su agrado, y que nadie puede traspasar el límite que señala. Léjos de esto, el pecador considera todo cuanto ha recibido de su Dios como un bien propio, y del cual puede disponer con entera independencia: *Da mihi*. Gran Dios, dice en su interior, si es que alguna vez se digna hablarle; estoy dotado de inteligencia, y puedo servirme de ella para pensar en lo que guste; en adelante, creeré cuanto sea verosímil y cierto, ó me parezca tal. Fuera el yugo de la fé, que pesa sobre mi inteligencia; debo ser libre de creer y pensar lo que quiera: *Da mihi*. Tengo un corazon sensible; mi bienestar depende de los deseos, sentimientos y sensaciones que me procura; este corazon es mio, yo le daré la libertad que vuestra ley le niega; fuera esa ley; quiero gozar de mi independencia: *Da mihi*. Tengo sentidos, que contribuirán de distintas maneras á mi felicidad, con tal, que pueda usar de ellos á mi capricho. Y ¿por qué no he de tener yo ese derecho? *Da mihi*. Estoy rodeado de objetos, que pueden satisfacerme de mil modos diversos, si me sirvo de ellos segun mi voluntad. Y ¿por qué no hacerlo, ya que mi felicidad depende de ello? *Da mihi*. Ese es el lenguaje de los que se rebelan contra la

ley del Señor; por lo ménos, es el de su corazon, y á cada instante oímos, que el hombre nace libre é independiente, que es dueño de su propia inteligencia, y que con tal que no haga daño á sus semejantes, puede obrar como le plazca: *Da mihi*. Y ¿qué responde ese buen padre á una peticion tan injusta y audaz? ¿acaso se irrita, ó contesta con reconvenciones? No, hermanos míos; condesciende al deseo de un hijo, tan ingrato y rebelde, dividiendo los bienes entre sus dos hijos: *et divisit illis substantiam*. El uno tiene en patrimonio las delicias de la casa paterna, y goza de la presencia y beneficios de un padre tiernamente amado; habla con él, y se sienta á su mesa, lo cual basta para su felicidad. El otro desea bienes que puedan ser transportados á otro lugar; el oro y la plata serán su patrimonio. Cada uno recibe lo que ha deseado: *divisit illis substantiam*. Ahora bien, hermanos míos; ese reparto, más aterrador de lo que se cree, se verifica todos los dias entre nosotros, sin que nos demos cuenta de ello. Dios posee bienes de dos clases, temporales y eternos, los de la naturaleza y los de la gracia, los que satisfacen nuestras inclinaciones por una temporada, y los que nos procuran la felicidad eterna. Unos son santos, y otros profanos; cada uno es libre de escoger, y, con frecuencia, obtiene lo que pide. Estriba la felicidad de unos, en habitar la casa de su Dios, rodear sus altares, entonar en su honor cánticas piadosas, alimentarse de la divina palabra y de la substancia misma de su Dios; éstos obtienen lo que solicitan. Otros desean las riquezas de la tierra, los honores y dignidades, los talentos que brillan á los ojos de los hombres, la belleza y fuerza corporales, una larga vida; y, á menudo, Dios, en su cólera, atiende sus votos: *divisit illis substantiam*. Apenas el jóven obtiene lo que pide, se ocupa únicamente en reunir con avidez y codicia todo lo que su padre le dá. Pocos dias emplea en esta tarea: *Non post multos dies, congregatis omnibus* (Luc. xv, 13). Precipitase sobre los efectos de la liberalidad paterna, como sobre una presa; se lo apropia todo; ni aún siquiera da gracias á ese padre, que tan generoso ha sido con él; no le da ni la más mínima prueba de reconocimiento; no ofrece el menor regalo á ese hermano, á quien debia tanta estimacion y cariño; tampoco remunera á los servidores de su padre, que le prodigaron atenciones y servicios; no, todo es para él, amontona cuanto acaba de recibir de la bondad paternal: *congregatis omnibus*. Hé ahí, vuestro retrato, jóvenes, que, siguiendo las huellas del siglo, habeis olvidado á vuestro Dios. Quizá éste os haya concedido grandes talentos; quizá esteis adornados de más clara inteligencia que los demás, de un corazon más sensible, más generoso, más inclinado á la vir-

tud; quizá teneis mil ocasiones de fortuna en el mundo, y todos los días os aprovechais de ellas: pero, aún no habeis demostrado el menor reconocimiento hácia Dios; cada día veis brillar el sol sobre el horizonte, sin darle gracias por hacerle lucir para vosotros; os entregais al reposo de la noche, sin bendecirle por haberse dignado protegeros mientras estais entregados al sueño; todos esos talentos, los acumulais, os los atribuis á vosotros mismos, los contemplais con orgullosa satisfaccion, creyendoos su autor, y no los haceis servir en nada para la gloria de aquél que os los ha dado; hasta es muy posible, que os sirvan de arma contra él: *congregatis omnibus*. Satisfecha así su avaricia, el Hijo pródigo parte sin despedirse de su padre, sin dirigirle el último adios; quiere perder de vista esa casa, que se le hace odiosa, por más que en ella haya pasado sus primeros años de una manera tan dulce; aléjase tanto como le es posible, yéndose á una apartada region en busca de la felicidad á que aspira: *Peregrè profectus est in regionem* (Luc. xv, 13). ¡Ah! cuán perfectamente representa esta imágen al alma infiel á su Dios; esa alma, que gozaba de las delicias de la virtud en la verdadera casa paterna, en la Iglesia del Señor! Ha huido, alejándose, sin pedir á su Dios que le protegiere en las nuevas sendas en que iba á comprometerse. No se trata aquí de una distancia, que pueda medirse con la vista, sino de una distancia que separa á las almas unas de otras. Dos hermanos, que habitan bajo el mismo techo, hállanse, tal vez, separados por un inmenso espacio. El uno, mora en el cielo por sus pensamientos y deseos; el otro, se arrastra por la tierra, y puede considerársele como sumido en lo profundo de los infiernos. El primero, es morador de la Jerusalem santa; el segundo, de la Babilonia profana. Aquél, vive bajo el imperio de Dios; éste, bajo el de Satanás, su enemigo. Lo que éste ama, aquél lo aborrece. No puede haber entre ellos distancia, ni separacion más marcada: *Peregrè profectus est in regionem longinquam*. Pero ¿cuál es esa region lejana á donde se retira el pecador? Para uno, es la heregía, esa falsa iglesia, en cuyos brazos se arroja al salir de la casa de la verdadera Iglesia del Salvador, que es su madre. Para otro, es la incredulidad, la impiedad declarada, que profesa hoy, despues de haber confesado, en otro tiempo, las verdades de nuestra fé. Para todos, es el mundo. Hé ahí esa region tan apartada de Dios; region, que la gracia no ilumina, ó que raramente visita; donde se encuentran aún algunas almas justas, que conservan la union con el cielo; pero, donde la multitud se pierde: *Profectus est*. Allí, disipa en desórdenes y excesos todos los bienes que ha recibido de la generosidad de su pa-

dre: *Et ibi dissipavit substantiam suam*. ¡Oh! conoceis todo el valor de esos bienes que disipa el pecador, cuando, entregado á las máximas del mundo, se desentiende de la enseñanza que recibió en la casa paterna. El primer tesoro que pierde, es el de la inocencia bautismal, tesoro mucho más precioso que todos los demás; todas las virtudes infundidas, todas las virtudes adquiridas, todo queda disipado en un instante. Pierde el amor á Dios, la esperanza de los bienes eternos, y la misma fé; ya no conoce las verdades positivas, é ignórase á donde se encamina; ya no le queda consuelo en las desgracias de la vida, ya no tiene ni guía, ni regla en el camino del extravío: *Dissipavit*. Ha perdido los bienes de la naturaleza: muy á menudo, en el seno de la ociosidad y de la molicie, la inteligencia se apaga, debilitase el carácter, y se pierde todo sentimiento noble y generoso, convirtiéndose en un sér degradado é inútil. Ha perdido los bienes de fortuna: ¡cuántos pródigos, á imitacion de aquél que nos describe el Evangelio, destruyen su propia herencia, y para satisfacer sus apetitos desordenados, quedan reducidos á una extrema miseria! *Dissipavit*.

¿Qué es lo que le sucedió entonces al Hijo pródigo? *Postquam omnia consummasset* (Luc. xv, 14); cuando ya no le quedó recurso alguno, sobrevino en aquella region un hambre espantosa: *Facta est fames valida*. ¡Oh! qué palabra tan profunda! y ¡cómo se conoce que ha sido pronunciada por Dios! porque solo á él le es dado expresar pensamientos tan grandes con tan pocas palabras. Aquella region, segun hemos dicho, es el mundo, y allí es donde, hermanos míos, reina un hambre eterna: *Facta est fames valida*. Allí es donde están hambrientos todos los espíritus, todas las inteligencias, y todos los corazones, sin que encuentren recurso alguno para saciarse. Doy en el mundo con uno de esos hombres, que marchan apresurados por la senda de las riquezas; no tiene tiempo para detenerse. Le interrogo, no obstante, y le digo: «¿Hacia adonde correis? —Corro á la fortuna. —Pero ¡que! ¿Acaso os falta algo para satisfacer vuestras necesidades? por ventura no sois ya más rico que vuestros padres? —Ah! lo que poseo no es nada: contemplad á esos opulentos, que me superan con sus brillantes trenes, magníficos palacios é innumerables criados. ¿Por qué no he de gozar yo de lo que ellos gozan?» Este es un hambriento. Veo á aquel otro, que se precipita por distinto camino, con mayor ardor, si cabe; un fuego abrasador brilla en sus ojos; parece-me afanoso, consumido por la vehemencia del deseo: «¿Qué teneis, le digo, y adonde vais? —Voy á los honores, á las dignidades, á la gloria. —Pero si ya ocupais un rango distinguido entre vuestros se-

mejantes; ¿y todavía no estais contento?—¡Ah! puedo, sin avergonzarme, sin desesperarme, permanecer en el rango que ocupó? ¿puedo ver con indiferencia á tantos hombres que me son superiores? ¿Por qué no he de dar leyes á mis semejantes? ¿Por qué no he de ocupar el primero ó el segundo puesto del Estado?» Es un hambriento tambien. Detengo á un tercero, y le digo: «¿Por qué ese extravío que noto en vuestros ojos? ¿qué quereis?—Los placeres.—Pero ¿si habeis gozado de ellos hasta la saciedad?—¡Ah! nada son en mi concepto los que he gozado.—Mas si ya experimentais el hastío por el abuso de esos placeres disfrutados?—Indudablemente; pero, es preciso que despierte esa saciedad por medio de otros nuevos: dejadme, la voluptuosidad me llama, y yo la sigo.» Es un hambriento. El sábio tambien tiene un hambre insaciable de ciencia: aquel, que quiere se hable de él en el mundo, que está ávido de fama, se entrega sin descanso á nuevos trabajos, para tener fija siempre sobre sí la atención del público, es un hambriento. Todos los hombres están hambrientos en este mundo... y ¿pudieran dejar de estarlo? nada de lo que se nos ofrece para nutrir el alma, satisface nuestro insaciable apetito. Sí, hermanos míos; el mundo es un campo cubierto siempre de mieses, cuya apariencia es magnífica; pero desgranada una espiga, y solo encontrareis en ella polvo y ceniza. Es una mesa eternamente cargada de manjares y frutos que seducen la vista. Precipítase uno con ardor, toma algunos de esos engañosos manjares: son aire, humo, y, con frecuencia, lodo: *Facta est fames valida in regione illa, et ipse cepit egere.* ¡Ay! desgraciado Hijo pródigo! estaba satisfecho, nada faltaba á sus legítimos deseos, cuando habitaba bajo el techo de su padre; y hélo ahora reducido á toda clase de necesidades: *Et ipse cepit egere.* ¡Oh! qué gran verdad, y cómo desearia hacérsela tangible en este acto! No solo es nuestro cuerpo el que tiene necesidad de ser alimentado; nuestra alma necesita tambien de ciertos alimentos que le son propios; y muere si se los niegan. Y, en efecto, déjanla morir la mayor parte de los hombres, privándola de su adecuado alimento. ¿Cuál es este alimento, hermanos míos? Nuestra alma, esa substancia espiritual y casi divina, se alimenta de verdad, de esperanza y de amor. Mientras habitamos la casa de nuestro Padre celestial, la necesidad que sentimos de la verdad, se satisface con la fé; la que tenemos de esperar, por la confianza firme de que llegaremos á la dicha eterna; la que experimentamos de amar, se satisface uniendo nuestro corazón á un Dios infinitamente grande, y que se dá á sí mismo como objeto de todo legítimo amor. El hombre no vive tan solo de pan material, vive tam-

bien de la palabra divina; no tan solo de alimentos terrenales, sino tambien del cuerpo y sangre del Salvador del mundo, que se digna dársenos para alimentar nuestras almas. Cuando el pecador se aleja de esos manantiales de vida, y pretende alimentar su espíritu con toda clase de fantásticas ilusiones, que siempre son vanas é impuras; cuando intenta nutrir su corazón con todos esos vagos, insensatos y criminales deseos, que renacen incesantemente; cuando está sediento de toda clase de espectáculos, de todo cuanto puede degradarle y corromperle, de todo cuanto le sume en el vacío; siente ese apetito imposible de satisfacer, y que crece incesantemente: *Et ipse cepit egere.* ¿Qué hará ese jóven, que ya no tiene padre, y que busca ahora los medios de subsistencia? Es menester que busque un amo que le dé con qué alimentarse. ¿Qué hace, pues, el Hijo pródigo? *Et abiit, et adhesit uni civium regionis illius.* (Luc. xv, 15). Se adhiere, se dá, se vende á un habitante de esa region, á uno de los hombres ricos y poderosos del lugar. Pues bien, hermanos míos; ya lo hemos dicho: esa region es el mundo; sus príncipes son los príncipes de las tinieblas: *Princeps mundi hujus, tenebrarum harum.* Por consiguiente, ese jóven se hace esclavo de alguna pasión, que, en su loca esperanza, ha de indemnizarle de todo cuanto ha perdido. Cada una de esas pasiones tiene su demonio peculiar. Existe el demonio de la ambición, el demonio de la avaricia, el demonio del placer y de la voluptuosidad. Hácese, pues, esclavo de uno de estos príncipes; y como de todos esos monstruos del infierno, el que con más frecuencia esclaviza á la juventud es el de la voluptuosidad; como cada uno de esos demonios tiene sus agentes, sus seductores, y sus seductoras en la tierra, se forman lazos funestos, se toma por amo á uno de esos génius, que el infierno envía, y se hace esclavo suyo: *Et adhesit, etc.* Este nuevo amo, le envía á su quinta de recreo: *Et misit illum in villam suam.* ¡Ah! contempla aquí tu retrato, jóven desventurado: en esto consisten los placeres que, en el primer momento, te procura el nuevo tirano á quien te has entregado; llena tu imaginación de descripciones, y te promete deliciosos goces; te diriges á esa vengonzosa mansión, que se te abre como eden de placeres ó palacio encantado; piensas encontrar allí mil seductores objetos, que te colmen de dicha, y satisfagan todos los deseos de tu corazón. ¡Oh! ¡cuán deliciosos momentos te prometes! vas á contar las horas por nuevos placeres! Pero, apenas el infortunado Pródigo ha puesto el pié en el dintel de esa casa, donde fué enviado, cuando se le desnuda de los honrosos vestidos con que se adornara en la casa de su padre; vése cubierto de harapos, encer-

rado en una asquerosa pocilga, y rodeado por multitud de inmundos animales, de los cuales ha de ser pastor en adelante: *Et misit illum in villam, ut pasceret porcos* (Luc. xv, 15). ¿Cuál es ese rebaño inmundado, de que ha de ser pastor? ¿Me lo preguntais, pecadores? ¡Ah! ese rebaño es la imaginación, insaciable de imágenes y de fantasmas impuros; es ese corazón que nace sin cesar apetitos desordenados, y cuyas bajas inclinaciones quereis satisfacer; son esos sentidos, que os son comunes con los animales; esos sentidos, de que os haceis esclavos, que alimentais y halagais sin descanso; rebaño, verdaderamente inmundado, y del cual no sois más que pastores: *Ut pascere porcos*. Hé aquí pintada en este rasgo la eterna sabiduría de ese Dios, profundo conocedor del corazón del hombre, que ha creado. El Pródigo, lejos de sentir asco y horror hacia los groseros alimentos, que dá á esos animales, muy al contrario, los deseaba; querría, dice el Evangelio, henchir su vientre de los restos impuros, pero, nadie le proporciona los medios de hacerlo. *Cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant: et nemo illi dabat* (Luc. xv, 16).

¡Qué profundo sentido tiene esta expresión! Vais á verlo, hermanos míos: no quiero que tan solo atendais á la aspiración ignominiosa para el hombre, de asimilarse al bruto, á esa envidia, que tiene al ser desprovisto de razón, destinado á pasto de podredumbre; no es eso, repito, lo que deseo que noteis en esas palabras, cuyo cumplimiento, sin embargo, vemos diariamente, puesto que ni un solo incrédulo ó moralista de esos que han usurpado el nombre de filósofos y sábios, ha dejado de manifestar alguna vez el deseo, de que el hombre tuviera la dicha de no pensar nunca en su último fin, de no sentir los importunos vituperios de su conciencia; y hasta muchos han sostenido y sostienen, que no existe diferencia positiva entre el hombre y el más vil de los animales. Estas palabras: Deseaba saciarse con el alimento de los cerdos, y nadie le proporcionaba los medios de hacerlo: *Et nemo illi dabat*, me llenan de admiración. Meditadlas. ¿Acaso le es imposible al hombre sumirse, cuando quiere, en los excesos más vergonzosos é infames? ¿Por ventura, no puede imitar á los seres más abyectos que le rodean? Sí, no hay que dudar, está en su mano hacerlo; pero no es este el sentido de aquellas palabras.

Ese hombre corrompido querría, dice el Evangelio, henchir su vientre del alimento de aquel inmundado rebaño. El vientre representa aquí lo que hay de más íntimo en el hombre, es decir, su alma; esa alma, noble por su origen y su naturaleza, se degrada, hasta ambicionar el

estado de los irracionales; quisiera, no solo participar de sus placeres, sino hallar en ellos su suprema felicidad, y esto no le es posible. Esa alma se envilece lo suficiente, para desear asemejarse á los brutos; pero su naturaleza espiritual, se opone á estos deseos, y nunca podrá persuadirse, que su fin sea semejante al de los brutos. Cuanto más busque su dicha en las voluptuosidades vergonzosas, mayor será el disgusto que experimentará, y el sinsabor y asco con que tendrá que arrojar aquello de que quisiera saciarse: *cupiebat implere*. Como el animal, que le sirve, quisiera encontrar su dicha en los placeres carnales: ¡vanos esfuerzos! El animal queda satisfecho realmente, cuando ha seguido su instinto; pero al hombre, le es imposible. No contento con descender al nivel del bruto, va con frecuencia más allá que éste, por el desarreglo, porque tiene un espíritu capaz de pensar en todo, y un alma, que vá más lejos que el placer. Siempre imagina, inventa algo más que aquello de que goza; después de haber cometido desconciertos ordinarios, necesita cometerlos extraordinarios, monstruosos, y, por último, absurdos; pero no llegará nunca á poder hacer todo lo que desea, ni á ejecutar todo lo que invente: *cupiebat implere*. Héle ahí, pues, llegado á la cima de la degradación; degradación ¡ay! sobrada común. Detengámonos, hermanos míos, ya que nada más hay que añadir á sus desórdenes; y después de haber visto, que el Pródigo ha seguido la torcida senda de sus inclinaciones hasta el último término, después de haber considerado la manera en que ha sido víctima, demostrémos ahora, que no hay pecador alguno que pueda desesperar de su conversión, viendo de qué modo ha obtenido su perdón, y cómo ha verificado su vuelta. Aprendamos á imitarle, para reconciliarnos con nuestro Padre celestial.

2. Si el Pródigo, reducido á ese estado de envilecimiento y de miseria, se hubiera rebelado contra su suerte, y, ahogando la voz de su conciencia, se hubiese dicho á sí propio: «Es cierto, que por mi culpa he descendido al fondo del abismo y de la desgracia; pero, no quiero salir de él, sino que estoy resuelto á no retroceder; beberé la copa hasta las heces, buscaré mi alegría en mi oprobio, mi consuelo en la esperanza de que arrastraré á otros infortunados como yo á la misma profundidad de miseria;» si hubiese hablado y obrado de este modo, estaba perdido, como todos los pecadores endurecidos y rebeldes contra el cielo. Pero lejos de obrar así, se reconcentró en sí mismo, dice el Evangelio: *In se reversus*. Aquí empieza su consuelo, porque esta primera palabra me parece que ya le ofrece uno. Hay en nosotros, hermanos míos, ó sea, en nuestras almas, un profundo retiro á manera de santuario, en el cual pronuncia Dios sus